

**CUENTO N° 205**

**TÍTULO: LA INVITACIÓN**

**SEUDÓNIMO: GLADYS LOMBARDI**

**AUTORA: GLADYS DEL CARMEN ORTIZ VILLALOBOS**

## La invitación

Pasado un tiempo de la muerte de mi marido, mi amiga Corita me invito a su casa en Valparaíso, para así pasar un poco mi pena y la depresión. Me fui con mi hijo menor a pasar unos días.

Al llegar dejamos las maletas en la habitación y fuimos a saludar a su mamá que estaba en cama, con resfrío. Al verla me llamo la atención su aspecto, y su respiración un poco dificultosa, se lo comenté a mi amiga y me dijo que era normal y que lo tenía ya hace un par de días. Me fui un poco preocupada a la cama. Luego de media hora, llega Corita a decirme que su mamá parecía que no respiraba. Salí volando a ver a la enferma, al entrar a su pieza me di cuenta que ya no estaba en este mundo. Me acerque, tome su pulso y efectivamente era así. Mi amiga me dice suplicante con sus manos juntas “¿¡Ahora que hago!?”. Luego de abrazarla y decirle que lo sentía mucho, le pedí que llamara a su médico tratante para constatar su muerte y dar el papel de defunción. Me dejo pasmada lo que me contestó, “en estos tiempos difíciles ya no se usa”.

Arreglamos a la fallecida y su nieta encontró que estaba muy pálida, por lo que pintó sus mejillas, sus labios y un poco de sombra en sus ojos. Cuando la mire casi me voy de espaldas, ¡parecía una pintura de Frida Calo! (la señora nunca en su vida se había maquillado). Todo era tragicómico y sin saber lo que vendría más adelante.

Llego muy pronto la funeraria, como si hubiesen estado esperando en la puerta. Pasaron al segundo piso donde estaba la fallecida, la envolvieron en una sábana y la bajaron al primer piso donde estaba el ataúd. La escalera era muy estrecha, los

señores no tenían mucha fuerza, por lo que el poto de la difunta sonaba en cada escalón ¡Tan – tan - tan! Y mi amiga imploraba al cielo que la delgada sábana no se rompiera, de lo contrario, la muerta rodaría escalera abajo.

Luego acomodaron a la difunta en el ataúd y a punta de martillazos lo sellaron. Cuando de repente, golpearon la puerta de calle tan fuerte, que pensé que la estaban echando abajo. Mi amiga, con su pena y su llanto, pregunto con un suspiro ¿Quién es? Y una voz que parecía un trueno respondió ¡Abran la puerta, o la echaremos abajo!

¡Madre del cielo! Aparecieron 20 policías, con sus metralletas, entraron al galope y nos apuntaron a cada uno de nosotros y también a la fallecida. Le dijeron al señor de la funeraria que abriera el ataúd y con el mismo martillo que lo sellaron, tuvieron que abrirlo. Con el cañón de la metralleta, rodearon el cuerpo de la fallecida.

Esto paso en los tiempos difíciles, donde el toque de queda y el miedo imperaba en el país.

A voz en cuello, por no decir a gritos, mandaron al marido de mi amiga con un policía a buscar al médico para que diera el pase de defunción. Todos estábamos como pollo, menos los policías, además de nuestra pena teníamos que soportar esos gritos... ¡Firme a la fila, armas al frente! y yo pensé “hasta aquí llegamos, nos van a fusilar”. Pero salieron de la casa, cruzaron la calle a su cuartel, como si nada hubiera pasado, mientras que para nosotros fue una pesadilla y no paramos de temblar.

Al día siguiente temprano se llevaron a la difunta a una parroquia para su velorio. Estábamos en silencio cuando abren la puerta que sonó como un estruendo, era María, la hermana de mi amiga (que se odiaba a morir) con sus amigos carniceros, grandes y fortachones, ya que ella tenía una carnicería en el mercado de la ciudad. Corita con cara de espanto nos dice: escondámonos detrás de un confesionario y fuimos rápido y calladito.

Cuando se fueron, salimos de nuestro escondite y luego nos fuimos a almorzar, por la tarde serían los funerales. Llegamos de vuelta al templo un poco más reconfortados y luego de la ceremonia salimos camino al cementerio. En él se formaron 2 grupos, María y sus matarifes y por otro lado, Corita con nosotros. Llegamos al lugar exacto donde sería sepultada y Corita con su enorme pena se dio cuenta que la reja que ella había pintado de negro ahora estaba pintada de verde.

Al día siguiente fuimos muy temprano con pintura y brocha en mano a pintarla de negro y arreglar un poco las flores, la dejamos lo más pirula posible, descansamos un par de días en casa por todas las penurias y malas noches pasadas y mi amiga me invitó de nuevo al cementerio. Al llegar allí, ¡de nuevo la reja estaba pintada de verde!

Luego de días tan azarosos, decidí retornar a mi hogar, compré los pasajes de vuelta porque queríamos regresar a nuestra ciudad. Mi amiga Corita nos fue a dejar al rodoviario, con una pena tremenda que desgarraba el alma. Tenía una pequeña bolsa en su mano, que sigilosamente trataba de esconder. ¿Qué tienes ahí?, le pregunté y ella me contestó: “Es un tarro de pintura negra con una brocha”.

A la partida de nuestro bus ella se fue al cementerio a pintar de nuevo la famosa reja. Jamás pregunté qué pasó después.

Y esta es la historia de la invitación para pasar mi pena y mi depresión, sin saber que volvería peor.

